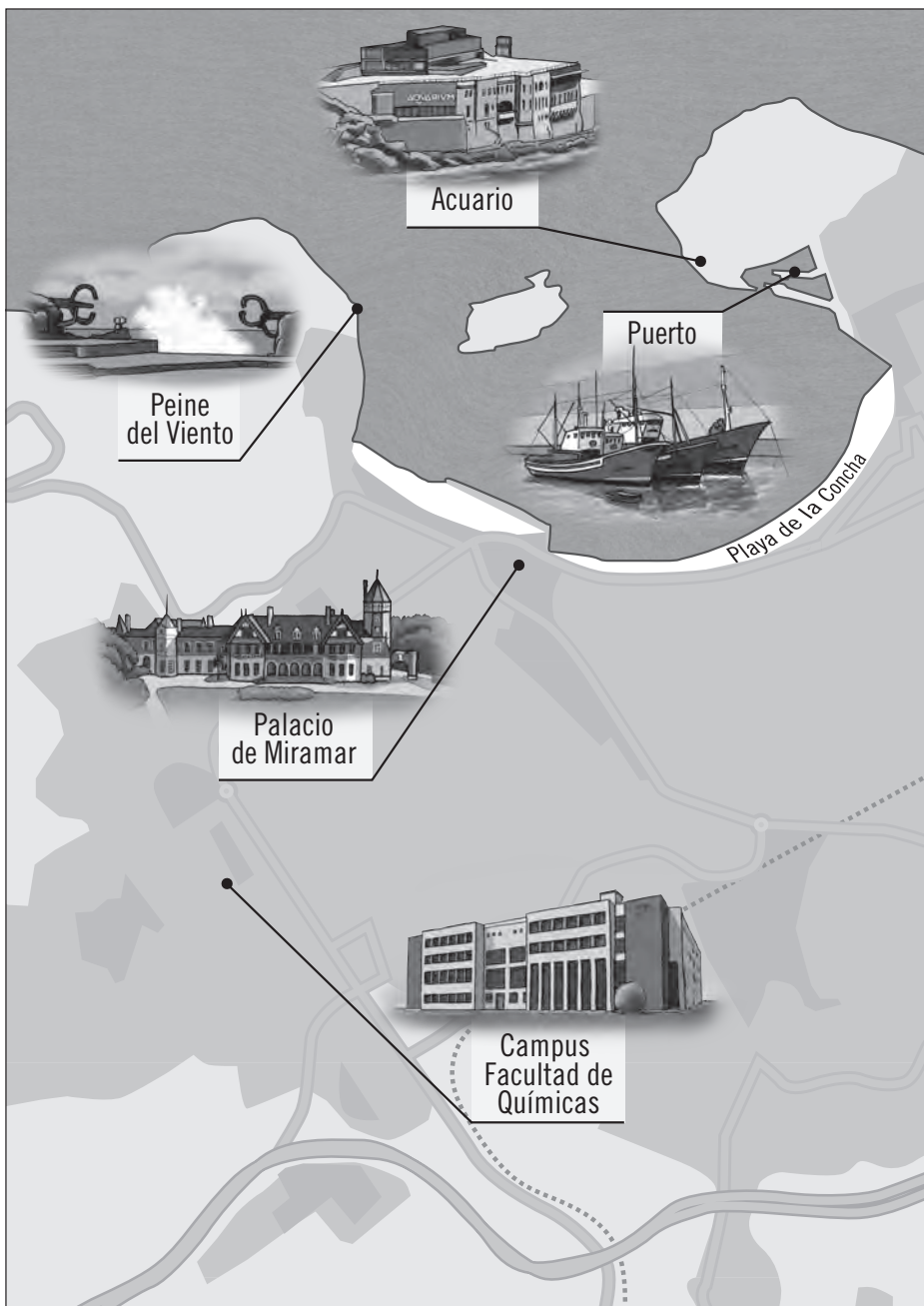


RICARDO ALÍA

**EL SIGNO
DEL DRAGÓN**



MAEVA



Acuario

Peine del Viento

Puerto

Playa de la Concha

Palacio de Miramar

Campus Facultad de Químicas

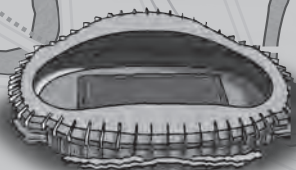
Donostia San Sebastián



Cementerio
de Polloe



Cárcel de
Martutene



Estadio
de Anoeta



Plaza de toros
de Illunbe

«Y de esas llamas salió volando un dragón rojo y dorado, no de tamaño natural, pero sí de terrible aspecto. Le brotaba fuego de la boca y le relampagueaban los ojos. Se oyó de pronto un rugido y el dragón pasó tres veces como una exhalación sobre las cabezas de la multitud.»

El Señor de los Anillos
JRR Tolkien

«El Dragón giró lentamente la cabeza, miró por encima del hombro a Lounds y sonrió exhibiendo los inmensos dientes con manchas oscuras.
—Dios mío —musitó Lounds.»

El dragón rojo
Thomas Harris

«Antes de ser un dragón, hay que sufrir como una hormiga.»

Proverbio chino

Glosario

Agur: adiós.

Aita: padre, papá.

Aitona: abuelo.

Ama: madre, mamá.

Amona: abuela.

Amoñi: apelativo cariñoso de abuela.

Arrantzale: pescador.

Bai: sí.

Barkatu: perdón.

Betizu: raza de vaca salvaje que habita en los montes vascos.

Bidegorri: camino rojo. Término para referirse al carril bici.

Egun on, mutil: Buenos días, chaval.

Eskerrik asko: muchas gracias.

Ez: no.

Gero arte: hasta luego.

Goazen aurrera: vamos adelante.

Harrijasotzaile: levantador de pesos en el deporte rural vasco.

Kaixo: hola.

Lasai: tranquilo.

Neska: chica, niña.

Olentzero: personaje navarro de la tradición navideña vasca.

Se trata de un carbonero mitológico que trae los regalos el día de Navidad en los hogares del País Vasco.

Oso ondo: muy bien.

Zurito: medio vaso de cerveza.

NOTA DEL AUTOR

Todo lo que sucede en esta novela es ficticio, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. No obstante, he intentado ser fiel a algunos acontecimientos que tuvieron lugar en el País Vasco en el año 2012, y he rodeado a los personajes de noticias y hechos verídicos. La mayoría de los lugares mencionados en la novela son reales; sin embargo, me he tomado algunas licencias, como en el caso de la Facultad de Ciencias Químicas, que se fundó en 1975, tuvo su primera ubicación en el barrio de Alza y se trasladó al Campus Universitario de Ibaeta en la década de 1980.

Solo me queda desearles una excelente lectura.

R. A.

Prólogo

San Sebastián

Viernes 30 de septiembre de 2011

Inhaló el aire de la estancia y el olor a sangre le hizo sonreír. Deslizó la mano derecha, aquella que decían que era la buena aunque para él era la mala, por el hueso frontal de las calaveras que circundaban la guarida, acariciándolas con pleitesía, y su sonrisa se acentuó. Se encontraba de vuelta al origen de su nacimiento como ser, y todo lo que se revelaba ante sus ojos carmesíes le agradaba: la mesa, las sillas, las antorchas... Pero enseguida la sonrisa se le borró del rostro al reconocer el trozo de punta de lanza abandonado encima de la mesa. Estaba cubierto de polvo, pero ahí seguía, donde su hermano lo había dejado tras amenazarle. Lo agarró y lo estrujó con la mano *buena*. Notó la punta en la palma y cómo la sangre buscaba una salida entre los nudillos. Se acordó de aquel día que había pretendido borrar de su memoria y apretó con más fuerza. El pasado también era obstinado y siempre se obcecaba en hacerle recordar. Fue durante los malos tiempos, la huida al frío, lejos de la familia. Se convirtieron en unos proscritos que se escondían y ocultaban el poder del Dragón, como habían hecho sus antepasados.

Percibió un ruido y miró hacia el techo. Una tormenta descargaba sobre la ciudad, lo sabía a pesar de no haber ventanas por las que mirar, oía la lluvia caer y adivinaba los relámpagos que alumbraban la noche. Aferró la punta de lanza casi partida en dos y aguantó el dolor. Arriba la vida se imponía a la muerte, un nuevo curso universitario se abría en el horizonte, cientos de estudiantes pululando por los pasillos de la facultad, cada uno

a lo suyo, inconscientes de lo que les deparaba el destino. Cuando llegase el tiempo del ansia no existiría plegaria que lo detuviese, aunque su hermano se empeñara y siguiera poniendo velas a los santos. Volverían las carreras, los gritos, las persecuciones, y la sombra se mostraría ante la luz hasta que las tinieblas los envolviesen a todos en un manto fúnebre.

ENERO

Martes 24

Cuando giró el volante del coupé al salir de una curva cerrada y vio un coche de la Ertzaintza, una ambulancia de Osakidetza y una unidad móvil de la Policía Científica supo que había llegado. En la entrada, tras una valla de madera, un ertzaina de uniforme lo saludó llevándose una mano a la *txapela*. Max redujo la velocidad y continuó hasta detenerse en la misma puerta de aquel caserío que parecía abandonado y que tanto le había costado encontrar. Leyó las grandes letras negras estampadas en la fachada sobre la pintura blanca y corroída por la humedad: VILLA OLAETXEA. También le llamó la atención un gran escudo de armas esculpido en piedra que había a la altura del balcón de madera de la segunda planta. El antiguo escudo de Oiartzun, supuso. Al salir del coche y poner un pie en el suelo pisó un charco. El *txirimiri* caía con insistencia, y el olor a tierra y a hierba mojada impregnaba el ambiente. Ataviado con su sempiterna gabardina, a juego con el cielo plomizo, se dirigió con calma hacia los soportales del caserío, cuyos laterales despuntaban como si fuesen las dos grandes alas de un ave y el edificio entero se preparase para emprender el vuelo. Bajo el techo de madera tallada se refugiaba un agente: Asier Agirre, un orondo ertzaina con más pinta de *harrijasotzaile* que de policía.

–Buenos días, inspector Medina –saludó Asier.

Max sacó un puro fino del bolsillo de la gabardina. Tardó unos segundos en encenderlo con su antiguo mechero Zippo. Después, con la intención de secarlo un poco, se revolvió con

una mano el cabello corto y negro. Sus ojos de color verde claro miraron al frente con indiferencia. El conductor de la ambulancia permanecía sentado al volante, aburrido con la espera; su compañero, en cambio, se movía cerca de la ambulancia mientras asentía con el móvil pegado a la oreja y daba cortas caladas a un cigarrillo, ignorando la llovizna.

—No es fácil de encontrar, ¿verdad? —comentó Asier.

Max asintió. Oiartzun no formaba parte de las localidades que conocía y, al no ser vasco, la situación se había agravado hasta acabar dando vueltas por los diferentes pueblos que rodeaban San Sebastián, muy parecidos entre sí, todos con su iglesia y sus casas de piedra. Anduvo perdido hasta que una señora que paseaba un pastor vasco por un camino del monte que bordeaba la carretera le dio las indicaciones oportunas en un castellano con marcado acento vasco. Ni tenía navegador ni pensaba hacerse con uno.

—¿Y Joshua? —preguntó Max.

—Ya está abajo.

Asier señaló el barranco que se abría detrás del caserío, donde una cinta policial delimitaba el amplio perímetro de acción de los agentes de la Policía Científica. Y como si de una revelación se tratara, unos *flashes* iluminaron la zona hacia donde señalaba Asier.

—¿Llevan mucho tiempo?

—Más de una hora, así que estarán a punto de subir.

Max alzó la vista. Contempló los montes cercanos y los tupidos árboles de las laderas. Desconocía la orografía de la región, pero tenía la impresión de que el caserío estaba enclavado en un valle entre montañas. Unas ovejas pastaban tranquilas en una ladera cercana, ajenas a los extraños invitados que hoy acogía el valle. Se preguntó en qué dirección estaría el mar, su gran pasión desde que era niño. Allá donde dirigía la vista solo veía monte, y el sol se ocultaba entre nubes bajas y oscuras. Sin darse cuenta planteó su duda en voz alta.

—¿El mar Cantábrico? —dijo Asier mientras se daba tiempo para pensar—. Pues teniendo enfrente Peñas de Aia, yo creo que

el mar está detrás de nosotros. —Los dos policías se giraron y miraron por encima del caserío. El fornido cuerpo de Asier desentonaba junto a la silueta delgada de Max—. A unos diez kilómetros en línea recta.

—Al norte, en dirección contraria a Madrid...

—En efecto, y perdón si le ofendo, pero no sé cómo la gente soporta vivir en una ciudad sin mar.

—Tranquilo, no me ofendes, y sí, no sé cómo pude aguantar tanto tiempo.

Evocó su estancia en la capital, cuando pertenecía al Cuerpo Nacional de Policía. Todo era tan diferente... De eso hacía más de un lustro, y desde entonces se encontraba destinado en San Sebastián, Donosti, como decían los autóctonos. Una ciudad de paisaje bucólico dominada por la bahía de la Concha y habitada en la Antigüedad por una pequeña comunidad de pescadores que se protegía de los vientos del norte gracias al monte Urgull. La población se fue transformando con el paso de los siglos en una ciudad burguesa dedicada al comercio marítimo y cuya proximidad con Francia y con el reino de Navarra la hizo florecer y enriqueció a sus habitantes. Una ciudad numerosas veces incendiada e inmersa en múltiples guerras debido a su situación estratégica; una ciudad que destruyó las murallas que le impedían expandirse; una ciudad cuya lengua, el euskera, era inclasificable, de raíces desconocidas y considerado la lengua viva más antigua de Europa. Y una ciudad de apenas doscientos mil habitantes que él consideraba terreno abonado para el éxito policial tras la progresiva desaparición de ETA; una ciudad a la que él mismo solicitó el traslado, cansado de las peleas con los superiores, de batallar contra molinos de viento. El jefe superior de la Policía solo puso una condición: el traslado también a la Ertzaintza. A quinientos kilómetros y en otro cuerpo no molestaría más. Del periplo en Madrid lo único que le quedaba, aparte de su tío y algunos recuerdos borrosos, era el coupé, un Ford Mustang GT Cobra de 1968, negro y con dos rayas blancas que cruzaban el techo y el capó, uno de los muchos objetos confiscados en una redada de drogas que él mismo orquestó.

Había sido propiedad de un traficante ruso que coleccionaba automóviles clásicos americanos, y tras una subasta ficticia se convirtió por una suma irrisoria en su gratificación encubierta por el éxito de la operación. Era otra época, «los buenos tiempos», decían los veteranos.

Leire Aizpurúa se dirigía a su lugar de trabajo en su pequeño utilitario de segunda mano. Durante los últimos meses, su prima la acompañaba como copiloto: Marta Zubia, que al final había optado por seguir sus pasos y emprender la carrera de Químicas a pesar de que Leire había intentado disuadirla.

Marta vivía en el barrio de Amara y no debía preocuparse por pagar un alojamiento porque se refugiaba en el hogar materno. Sin embargo, para Leire todo resultaba diferente, tenía veinticinco años, trabajaba como becaria en la Facultad de Ciencias Químicas y ganaba un exiguo sueldo que destinaba al alquiler de un estudio en el barrio del Antiguo, muy cerca de donde, según los viejos del lugar, hubo un monasterio, el primer asentamiento documentado de San Sebastián. Nunca llegó a convertirse en municipio a causa de un fuero que trasladó el núcleo urbano al puerto y su burgo amurallado al pie del monte Urgull. No obstante, seguía tratándose de una buena zona, con gran actividad social y bien situada, a media hora a pie del actual centro, la playa de Ondarreta al cruzar la avenida de Satrústegi y una *euskal* taberna pegada al portal donde acostumbraba a quedar con los amigos para tomar *pinxtos* regados con zuritos. Llevaba ya tres años residiendo fuera de casa, sus padres vivían en un caserío de Tudela, y ahogaba la morriña con visitas esporádicas y llamadas telefónicas. Todo el mundo en la vida aspiraba a mejorar, pero ella no podía quejarse.

En la radio, sintonizada en un canal de clásicos del rock, sonaba *Born to run* de Bruce Springsteen. Habitualmente empleaba la música como estrategia para huir de las interminables charlas

de su locuaz prima. No le agradaba mucho charlar, en parte, quizá, por haberse criado al aire libre, entre animales, verdes praderas y tres varones, todos mayores que ella. Cuando llegaba el buen tiempo solía ir al trabajo en bicicleta, por un terreno casi llano y siguiendo el *bidegorri*, desde la avenida Tolosa hasta el mismo campus, lo cual tenía dos claras ventajas: sentir el aire fresco en la cara y no aguantar la cháchara de su prima.

El automóvil salió de la rotonda, dejando en el margen izquierdo la Facultad de Informática y al fondo la Facultad de Derecho, para enfilarse la recta que conducía a la Facultad de Ciencias Químicas. El campus —situado en el barrio de Ibaeta, a diez minutos en coche del centro y a veinte en autobús— lo completaban las facultades de Medicina, Filosofía y Psicología, Magisterio, Ciencias Empresariales y Arquitectura, más un puñado de tiendas de ropa juvenil, una gran superficie dedicada a la electrónica, una librería de material universitario, un cibercafé, un servicio de fotocopias y una hamburguesería estilo americano años cincuenta.

Las agujas de su reloj estaban a punto de marcar las ocho y media de la mañana, y a esas horas, a pesar de no disponer de aparcamiento propio, siempre encontraba sitio. Estacionó en batería y apagó la radio.

—... Y eso es un mal asunto, al menos desde mi punto de vista, ¿no crees? —indicó Marta.

—Es complicado —puntualizó Leire con precaución; no tenía ni idea de a qué se refería su prima—. Pero creo que sí —añadió mientras se apeaba del coche.

Comenzó a subir las escaleras en dirección a la entrada principal de la facultad cuando se percató de que Marta no la seguía. Se giró en redondo y comprobó que permanecía de pie frente al coche y con cara de pasmada. A continuación, en un arrebato, Marta se dirigió correteando hacia ella.

—¡Que es complicado! —graznó al llegar a su altura—. Su novio la abandona por su mejor amiga y a ti solo se te ocurre decir que es complicado —matizó.

–Bueno..., vale..., quizá no es la palabra adecuada. Quería decir que había que fijarse en... –Y tras unos segundos de reflexión concluyó–: En las circunstancias de su relación.

–¿Cómo? Es que... –fue lo único que alcanzó a decir Marta antes de que Leire la interrumpiera.

–Perdona, prima, hoy tengo mucha prisa –dijo, saliendo al trote escaleras arriba.

Cualquiera que la viese la describiría como una joven ejecutiva leyendo el periódico sentada en un banco del parque. Aparte del traje oscuro y del pelo negro azabache recogido en una cola de caballo, si se la observaba con más detalle –la mirada limpia y relajada, el grueso reloj de titanio, los pulcros zapatos de cuero–, se podía ser más específico e intuir que se trataba de una exitosa *broker* que estaba repasando las subidas y bajadas de la Bolsa. Pero ni lo uno ni lo otro era cierto: no trabajaba como ejecutiva, vestía de forma elegante porque había sido educada en un entorno burgués –su padre era el dueño de Lácteos Zurutuza S.A., una poderosa empresa vasca–, y no leía el periódico *Le Monde*, sino que más bien pasaba las páginas sin apenas reparar en ellas, sumida en sus preocupaciones. Al día siguiente empezaba un nuevo trabajo nada corriente, en la Ertzaintza, la Policía Autónoma Vasca. Algunos veteranos le habían profetizado un futuro poco halagüeño, un desafortunado destino al lado de un inspector del Departamento de Homicidios poco habituado a tener compañeros. Según contaban las malas lenguas, se trataba de un expolicía nacional de Madrid chapado a la antigua, una especie en extinción que ejercía sus propios métodos al margen de la ley. Y aunque nadie se lo había dicho, todos pensaban que en realidad querían quitarla de en medio, asignarla junto a un policía problemático y cascarrabias que le arrebatase la ilusión de continuar en el cuerpo, algo que ni sus padres ni los compañeros de la academia alavesa de Arkaute habían conseguido con sus comentarios, trabas e inocentadas.

La joven, que se hacía llamar y se presentaba como Erika López —aunque en el carné de identidad figuraba Luisa Erika Zurutuza López—, pasó otra página del diario, la de economía, sin atender al contenido. Levantó la cabeza y contempló con placer la ausencia de gente. No sabía cómo se llamaba el pequeño parque, construido en una rotonda del Boulevard General Leclerc, alejado del centro de Hendaya; quizá ni tuviese nombre. Además era muy diferente a las antiguas citas en la plaza Guipúzcoa, con los patos nadando en el estanque y un puñado de niños histéricos en la orilla chillando y arrojando trozos de pan. El ruido de un motor lejano hizo que una bandada de pájaros alzara el vuelo rumbo a los balcones de los edificios colindantes. Los siguió con la mirada hasta que la aparición de una mujer desvió su atención. Una joven bajaba por la Rue des Jasmins. Vestía un abrigo largo desabrochado, que dejaba entrever una minúscula camiseta rosa, una provocadora minifalda de cuero y unos zapatos de tacón alto. Andaba de manera refinada, segura de sí misma, y balanceaba con estilo un pequeño bolso de leopardo.

Cerró el periódico y observó con una amplia sonrisa cómo cruzaba el paso de peatones y se aproximaba. Al llegar al banco, la mujer de cabello rubio, rasgos suaves y nariz chata se inclinó y la besó en los labios. Respondía al nombre de Lucía Vázquez y era su novia desde que habían coincidido hacía ya tres años en una exposición sobre la vida y obra de Pío Baroja en el centro cultural Koldo Mitxelena de San Sebastián.

La mañana transcurría de mal en peor, la conversación con su atolondrada prima le había producido un dolor de cabeza que apenas le permitía concentrarse en el trabajo. Ya había bajado un par de veces al bar y se había tomado otras tantas tazas de café acompañadas por la correspondiente aspirina, pero ni por esas, la cefalea no remitía. En ese momento, para colmo, vio entrar en el laboratorio a una caterva de adolescentes acompañados de María Gómez, la bedel, que también realizaba labores de guía. Desde que se había

cumplido el cincuenta aniversario, estudiantes de bachillerato, futuros químicos y quién sabe si algún día catedráticos o hasta premios Nobel, visitaban los martes la facultad, algo que la incomodaba y la hacía sentir un bicho raro, observada mientras trabajaba, una mísera cobaya de laboratorio.

Un par de estudiantes se acercaron a ella cuando realizaba una valoración ácido-base: había añadido una gota de fenolftaleína a una solución de hidróxido sódico y se disponía a realizar el montaje pertinente.

—Por favor, no podéis estar aquí—les dijo al tiempo que fijaba la bureta en un trípode con ayuda de una pinza.

Oyó que uno intentaba decir algo y al alzar la vista alcanzó a ver cómo su acompañante, un estudiante de nariz aguileña, lo alejaba de su presencia tirándole del brazo.

Leire siguió a lo suyo y añadió con sumo cuidado el ácido clorhídrico en el interior de la bureta. Anotó en su cuaderno de datos el volumen que ocupaba, colocó la disolución de sosa debajo de la bureta, que con el indicador había adquirido un color rosáceo, y giró lentamente la boquilla. El ácido cayó gota a gota sobre el vaso de sosa mientras lo giraba con la mano. Justo cuando la disolución del vaso se volvía incolora escuchó a su espalda:

—*Kaixo*, nena, ¿qué tal va el día?

Unos ojos ambarinos la miraban escondidos tras unos anteojos que, junto con unos pómulos anchos, le conferían al emisor de estas palabras un aspecto exótico. Se trataba de Alberto Rodrigo, su compañero de laboratorio, aunque no de trabajo, pues ambos estaban inmersos en investigaciones para distintas empresas. No obstante, siempre que no había nadie en el laboratorio se acercaba a conversar, lo cual sucedía cada vez con más frecuencia, ya que el jefe del Departamento de Procesos de Polimerización, el catedrático Isaías Herensuge, apenas asomaba la cabeza por allí; seguía en activo impartiendo clase de Procesos a los alumnos de quinto curso y el resto del día lo pasaba encerrado en su despacho, dedicado a preparar un libro de próxima publicación.

—*Kaixo*, Alberto —contestó Leire sin darse la vuelta.

Resultaba paradójico que aquel compañero que tanto la molestaba llevase el nombre del patrón de los químicos. Su insistencia en que salieran juntos iba en aumento, a la par que sus negativas, cada vez menos diplomáticas, y aunque no deseaba granjearse enemigos en el laboratorio, últimamente la sacaba de quicio.

—¿En qué piensas, mi vida? —preguntó Alberto—. Me han recomendado nuevas rutas en bici por la sierra de Aralar y podríamos ir...

—En que me he olvidado el móvil en el coche, ahora vuelvo. —Y tras anotar en el cuaderno el volumen de ácido consumido, salió del laboratorio rumbo al bar a por un tercer café.

Cuando Max arrojó el segundo puro al suelo mojado aparecieron tres agentes que subían, no sin esfuerzo, por el barranco enfangado. Dos vestían de uniforme, uno llevaba una cámara de fotos colgada al cuello y el otro asía con precaución en una mano enguantada con látex una bolsa de plástico. El tercero vestía un traje oscuro y calzaba unas botas de goma manchadas de barro.

—¡Inspector Medina! —saludó el tercer hombre al acercarse a Max y Asier—. ¿Acabas de llegar?

Asier sonrió.

—La verdad es que no —reconoció Max—. No tengo botas de agua y además estoy seguro de que lo único que haría es estorbar y contaminar la escena.

El hombre asintió y se sentó en el único banco de madera que había bajo los soportales del caserío. Se echó para atrás el pelo rubio rojizo descubriendo las pecas de su cara, que también salpicaban el dorso de sus manos. De un bolsillo de la chaqueta colgaba una placa en la que se leía «Joshua O'Neill Gurutzalde». El agente O'Neill pertenecía a la unidad científica de la Ertzaintza y era el principal responsable de recoger, analizar e investigar las muestras obtenidas en las escenas de los crímenes,

lo que llamaban procesar el escenario y la información. Por sus venas corría sangre española pero también irlandesa, ya que su padre, del mismo nombre, era un marinero dublinés cuyo buque fondeó un buen día de los años setenta en el puerto de Pasajes, en aquellos tiempos un puerto bacaladero de gran importancia. Y otro buen día del mismo año dejó preñada a su madre. Aguantó un par de años en tierra firme hasta que decidió embarcar en un mercante israelí con promesas de regreso y dinero en abundancia. No se le volvió a ver el pelo en Pasajes. Cuando Joshua sacaba a relucir su temperamento y se ponía inaguantable, hacía honor al apellido O'Neill, con la terquedad y el ímpetu, al apellido Gurutzealde.

—*Eskerrik asko* —dijo Joshua al ertzaina de la cámara, quien le acercó los zapatos que había guardado en el maletero de la unidad móvil.

—Cuéntame —dijo Max, más deseoso de largarse de allí que de recibir las noticias.

—Una mujer de cincuenta y pico años, la propietaria del caserío —respondió Joshua mientras se calzaba—. Vivía sola, no tenía hijos y era viuda desde que el pasado verano su marido murió de un ataque al corazón. La encontró un empleado de la empresa Zurutuza que vino con una cuba a cargar leche de vaca del caserío. Lo hace todos los martes a primera hora de la mañana y nunca falla.

Max asintió y no dijo nada. Recordaba que durante el periplo con el coupé para encontrar el caserío se había cruzado con varias cisternas lecheras. La zona era un hervidero de lecherías; buena parte de la leche que se consumía en el país, y que también se usaba para los postres lácteos, salía de esos montes.

—Al no encontrar a nadie, dio una vuelta por el caserío, y cuando se asomó al barranco descubrió el cuerpo junto al río.

—¿Crees su historia?

—*Bai*, creo que dice la verdad. Nos avisó, y el agente que atendió la llamada nos dijo que lo notó muy nervioso y preocupado por su trabajo. No paraba de repetir que era un padre de familia, con tres bocas que alimentar, y que no podía perder el

empleo. Luego te mando un correo con sus datos, por si le quieres interrogar.

Asier permanecía atento a la conversación pero no quitaba ojo de la entrada. En cualquier momento se personaría el juez Castillo junto con el secretario judicial para levantar acta del cadáver, y a él se le acabaría la tranquilidad. Acarició la chocolatina escondida en un bolsillo de la chaqueta sin decidirse a sacarla, le podía más la vergüenza que las ganas.

—Me imagino que el cuerpo presenta algún signo de violencia atípica, nada de un disparo en la cabeza —apuntó Max.

—Por supuesto —corroboró Joshua—. Aunque no tan atípico ni tan macabro: le abrieron la cabeza con un objeto contundente. Por la postura del cuerpo y las hierbas y los rastros adheridos a la ropa, fue golpeada por la espalda y cayó rodando por el barranco. Murió al instante.

—¿Conocido o desconocido?

—Me inclino a pensar que es obra de un desconocido, puesto que parece que fue sorprendida y atacada de improviso, y eso no es propio de un conocido, que suele llegar antes y entablar conversación con la víctima hasta encontrar el momento adecuado.

—¿Algún patrón más?

—Es pronto, pero se supone que el agresor es un hombre joven y fuerte. La herida va de derecha a izquierda, así que es diestro.

—¿Qué clase de objeto?

—¿Sabes qué significa *Olaetxea*?

—No, ya sabes que el euskera no es mi fuerte. Me parece que *etxea* es casa...

—Pues sí, significa casa de ferrería. Antiguamente muchos caseríos se dedicaban a trabajar el metal, y aquí, dentro del establo, hay numerosas herramientas, he visto algunas muy antiguas: una azuela, varias garlopas y hasta una pala de esas que se usaban para la labranza. —Max hizo un gesto afirmativo, aunque no tenía idea de a qué pala se refería Joshua—. Presumiblemente una de esas se usó en el crimen. Aún no hemos

dado con ella, quizá el asesino se la llevó, o la limpió y la volvió a guardar. No saldremos de dudas hasta que ese par de locos forenses no examinen en el laboratorio el golpe en la cabeza con más detenimiento.

—Ordenaré fondear el río por si acaso.

—Me parece bien. Por nosotros no te preocupes, el escenario está más que procesado. Nos llevamos un buen número de muestras que hemos encontrado junto al cadáver y también de los alrededores, aunque me imagino que la mayoría será basura arrojada por los lugareños.

Max recorrió con la mirada el frondoso valle y observó cómo la niebla espesa se difuminaba a lo lejos descubriendo dos picos nevados. Pensó que la tranquilidad también se esfumaba al avanzar el invierno, ya que en el último mes el Departamento de Homicidios apenas había tenido trabajo. Las Navidades, la cuesta de enero, el frío y la pertinaz lluvia apaciguaban los ánimos. Solo dos asesinatos: un ama de casa a manos de su marido y un vagabundo en una reyerta callejera. Esperaba que el año entrante fuese tan bueno como el saliente. ETA había anunciado el cese definitivo de su actividad armada a finales de octubre, tres días después de que finalizara la Conferencia Internacional de Paz celebrada en el Palacio de Aiete. Lo recordaba muy bien porque el comisario le había concedido un par de días libres que había aprovechado para viajar a Madrid y visitar a su tío, un policía nacional jubilado que vivía retirado en una urbanización de Valdemoro.

—¿Algo más? —preguntó Max, deseoso de abandonar aquella tierra húmeda y fría.

—Sí, se me olvidaba, vaya cabeza la mía, tal como dijo Napoleón: «Una cabeza sin memoria es como una fortaleza sin guarnición».

Joshua era un fanático del arte de la guerra y recopilaba cualquier objeto, desde soldaditos de plomo, diminutos aviones de combate, libros especializados y mapas, hasta armas antiguas. Coleccionaba todo lo que veía en anuncios de televisión o en un quiosco cercano a la comisaría. En casa poseía réplicas de

diversos campos de batalla, y en una vitrina, entre un fusil Mauser 98 y un revólver Lebel, guardaba su maqueta más preciada: el galeón *Santísima Trinidad*. Siempre había vivido solo, y dentro de la Ertzaintza estaba considerado un tipo raro, otra especie en extinción, como Max. Y cada vez que podía insertaba en la verborrea cotidiana citas de mariscales de campo, generales o comandantes de guerra; Napoleón Bonaparte era su preferido.

—A lo que íbamos, inspector, la casa está patas arriba, como si el asesino buscase algo. Sea lo que fuese, esperemos que no lo haya encontrado.

—O sí y deje de matar. O quizá pretenden despistarnos y hacernos creer que fue un ladrón, y el móvil, un robo.

Joshua sonrió afable. Conocía al inspector desde hacía cuatro largas primaveras, desde entonces eran grandes amigos, y pocas veces erraba.

El *txirimiri* cobró intensidad hasta convertirse en una lluvia torrencial que generó un reguero de agua en pocos minutos. El riachuelo se precipitó hacia el barranco desde una senda de piedras cercana al caserío, en lo que parecía un camino antiguo que la mano del hombre había alterado hasta hacerlo desaparecer.

—El juez se va a mojar de lo lindo —dijo Asier, rompiendo su mutismo y sacando, por fin, la chocolatina del bolsillo.

Ambos salieron de casa a la hora convenida con una mochila a la espalda, subieron a un autobús público y se apearon en la parada Campus Ibaeta. Al otro lado de la carretera se alzaba la Facultad de Ciencias Químicas. Mikel andaba cabizbajo mientras Iker estaba alerta a todo cuanto sucedía a su alrededor, un mundo en constante movimiento: estudiantes, transeúntes, profesores, motos, coches, bicicletas y, como telón de fondo, una serie de edificios altos y oscuros entre los cuales destacaba la facultad de los químicos, sin duda de las más antiguas y también, a su parecer, de las más horrendas. Si bien su instituto no resultaba una gran obra arquitectónica, por lo menos no era tan antiguo —solo el edificio de Derecho superaba al de Químicas en longevidad—,

poseía cierta estética —la facultad equivalía a un burdo cuadrado con una estructura de hormigón negruzco en el caparazón— y disponía de una cancha de baloncesto y de un campo de fútbol sala. Además, las columnas y los grandes ventanales de la fachada, que a Iker le parecían los ojos de un dragón, le conferían una sobriedad impropia de una universidad. Lo único agradecido del exterior era la fina y extensa hierba que delimitaba las paredes del resto de las facultades. La guía había explicado que sobre dicho césped los estudiantes improvisaban su particular playa para descansar y tomar el tímido sol que calentaba San Sebastián. No, Iker no quería pasar los próximos cinco años en aquel edificio.

A eso de las ocho de la tarde, ascendieron como unos universitarios más por unas enormes escaleras, parecidas a las de los palacios de justicia, que daban acceso a la primera planta de la facultad. En el interior se encontraron con pasillos espaciosos, aulas y laboratorios convenientemente equipados, taquillas individuales y salas de estudio con ordenadores. Con cautela, subieron las escaleras hasta la última planta, la cuarta. Aunque había cerca de quinientos estudiantes matriculados, casi no se cruzaron con nadie, y es que a esas horas apenas quedaba personal en el edificio. Alcanzaron el servicio de caballeros sin ningún contratiempo y se encerraron en el retrete del fondo, el más alejado de la puerta.

Mikel se recostó, indolente, en la pared. En cambio, Iker se sentó en la taza del váter, cerró los ojos y evocó lo acontecido por la mañana, cuando su amigo se acercó a la chica morena de la bata blanca, la del cabello lacio y largo y unos penetrantes ojos negros. Estaba introduciendo un pez magnético en el fondo de un Erlenmeyer que contenía una disolución roja.

—Por favor, no podéis estar aquí —les había dicho sin apenas mirarlos.

—Estás muy bue... —intentó decir Mikel sin poder completar la frase debido al empujón que le propinó Iker, que acto seguido sacó a su amigo del laboratorio y le recordó, cuando se

encaminaban hacia sus compañeros, que no estaban allí para ligar.

—Como podrán comprobar —explicaba la guía señalando el techo con el dedo índice—, hay una serie de tuberías cuya misión es la de suministrar a los laboratorios las sustancias necesarias para efectuar los experimentos. Cada color indica el tipo de fluido. El verde corresponde al agua, el azul al aire y el amarillo a los gases: oxígeno y nitrógeno.

En ambas ocasiones, tanto en la visita de la mañana como ahora, escondido en el retrete, Iker no pudo reprimir un bostezo. Se habían inscrito en la lista de visitantes haría cosa de un mes, el día que un hombre de corta estatura, vivaracho, de pelo pajizo y gafas grandes, irrumpió en la clase de Química del instituto. Aún recordaba bien al tipo, que se movía de manera presuntuosa entre las mesas, esquivando los pupitres, al tiempo que anunciaba el cincuenta aniversario de la Facultad de Ciencias Químicas de San Sebastián. El hombre hablaba, literalmente, por la nariz, con lo que apenas se le entendía nada, y a ratos lanzaba alguna que otra gracia, o al menos eso pensaban, porque su profesor se reía a carcajadas. La clase permaneció atónita ante la retahíla incoherente, guardándose muy bien de reírse, y cuando finalizó la disertación rompieron en irónicos aplausos. Les entregó unos folletos, en los cuales figuraban, entre los diversos actos programados para conmemorar tan egregia onomástica —conferencias, mesas redondas, exposiciones—, unas jornadas de puertas abiertas todos los martes para aquellos interesados en cursar la carrera de Químicas el próximo año. Ellos no pertenecían a este grupo selecto, habían llegado hasta la selectividad a trancas y barrancas, con un curso de retraso, pero en cuanto el hombre soltó la parrafada ambos se dirigieron una mirada cómplice, telepática, de grandes amigos, vislumbrando la oportunidad.

La visita matutina por la laberíntica facultad duró dos soporíferas horas, en las cuales Iker hizo hincapié, con diferentes preguntas, en los sistemas de seguridad del edificio, en los

aparatos más caros, intentando aparentar una falsa indiferencia por el tema y disimulando cuál era su verdadero interés.

La tarde no transcurrió mucho mejor para Leire. Había tenido complicaciones hasta con una simple valoración y ahora no encontraba ninguna pera para acoplar a la bureta. Parecía como si alguien hubiese estado jugando con los materiales y los hubiese cambiado de sitio, quizá otra de las bromas de Alberto para captar su atención. Por fortuna no había vuelto a coincidir con el susodicho en toda la tarde, al parecer tenía problemas con la máquina de tracción del laboratorio de Ensayos. Lástima que sus dificultades no se prolongasen, pues, ante todo, era bastante avisado y sin duda se las apañaría para obtener unos datos fiables.

El catedrático Isaías Herensuge apareció por la puerta del laboratorio.

—*Kaixo*, Leire. ¿Cómo va eso?, ¿necesitas mi ayuda?

Mostraba una sonrisa radiante en un rostro viejo pero bien conservado que hacía difícil calcular su edad. De pelo escaso, los ojos castaños, coronados con gruesas cejas y separados por una nariz picuda, le conferían una mirada relajada que otorgaba tranquilidad a quien lo observaba.

—*Kaixo*, Isaías. Llevo un día aciago pero nada que no pueda resolver, gracias por tu ofrecimiento. Bonito sombrero.

Nunca daba coba a nadie, ni la daría, pero debía tratar a Isaías con sumo respeto, puesto que se trataba del máximo responsable del Departamento de Procesos, es decir, de su jefe. Además era la persona que le había abierto las puertas a su actual contrato con la empresa alemana AFE, para la cual investigaba desde hacía unos meses, desde que el verano pasado había expirado su antiguo contrato con la empresa belga Grama porque no obtuvo los buenos resultados que cabía esperar. Se vio fuera de la facultad, y con más razón cuando su antiguo jefe, Pablo Olaetxea, falleció de un ataque cardíaco durante el período vacacional. Pero su sustituto, Isaías, le comunicó que contaba con ella para

ese año y le consiguió la beca con AFE. Por otra parte, siempre se mostraba considerado con ella y con el resto de los becarios, tanto que pocas veces se jactaba de su cátedra: ante el avance de los trabajos permanecía un paso atrás, observando de forma discreta, como si se avergonzase de interrumpir las investigaciones.

—¿Te gusta? Me lo compré el otro día aprovechando unas rebajas.

Se trataba de un sombrero de color caqui de los que usaban los donostiarras que jugaban a ser pescadores en el Paseo Nuevo.

—Sí, es bastante gracioso. Te da un toque singular, tal vez informal... Sí, me gusta cómo te queda.

—Gracias, eres muy amable. Ya sé qué regalarte para San Alberto. —Ambos rieron—. Bueno, pues ya sabes, si necesitas algo estaré en mi despacho durante la próxima hora, tengo tutoría. *Agur* —se despidió Isaías, marchándose con una expresión de felicidad idéntica a la de cuando había entrado.

Al poco sonó el móvil de Leire. Desde el otro lado emergió la voz de Gemma Ruiz, su mejor amiga. Era su día libre en la agencia de viajes y quería que la acompañase a la sesión del espectador. Ponían *Sleepy Hollow*, un adelanto de la versión remasterizada que se proyectaría en el próximo certamen de la Semana de Cine Fantástico y de Terror de San Sebastián. Consultó el reloj y comprobó que eran casi las siete. Difícil elección: quedarse en el laboratorio entre buretas y probetas o ir al cine a ver a Johnny Depp.

A las ocho y media estaba comiendo palomitas en una de las siete salas de los cines La Bretxa, viendo cómo el jinete fantasma hacía rodar cabezas.

Al cabo de casi una hora de espera, la puerta crujió y los invadió la luz. Sus corazones se desbocaron. Iker leyó el miedo en los ojos de su amigo.

—Maldita máquina, otra vez sin proporcionar datos —dijo una voz.

A continuación oyeron fluir el agua de un grifo. Iker miró a su amigo y con dos dedos corrió una imaginaria cremallera sobre los labios.

—Mierda, Alberto —dijo la voz, hablándose a sí misma—. ¿A qué esperas?

A intervalos, el agua dejaba de caer sobre el lavamanos y el silencio invadía el servicio de caballeros.

—Mañana, ¿mañana?, sí, mañana mismo llamo a la empresa y se lo comunico. No espero más. Ya pueden espabilarse. ¿Qué se piensan?

Por la voz sospecharon que se trataba de una persona joven, y no desatinaron. Alberto Rodrigo, licenciado en Polímeros y becario del Departamento de Procesos, no había tenido un buen día. Esto los salvó de ser descubiertos, puesto que solo se lavó las manos y la cara, se retocó el simulacro de flequillo y finalmente limpió —con uno de los trapos que llevaba en la bata— el cristal de las gafas. De haber sido un día normal, hubiese entrado en un retrete y se habría masturbado pensando en su compañera Leire Aizpurúa. Y qué mejor retrete para masturbarse que el más alejado de la entrada, el del rincón, para evitar cualquier interrupción inoportuna.

Contrariado, Alberto profirió un exabrupto en voz alta y abandonó presuroso el servicio, mascullando entre dientes sus acuciantes problemas.

Tanto Iker como Mikel dejaron de contener la respiración y suspiraron aliviados.

A los clientes del pub Moby Dick's les encantaba la madera hosca y opaca del mostrador, el espejo que cruzaba de lado a lado la barra, los paneles de ébano y los viejos carteles cinematográficos de Errol Flynn. El establecimiento, escondido al final del paseo José Miguel de Barandiarán, era conocido entre la clientela como el Gran Camarote.

Max aplastó el puro sin encender en un posavasos de cristal con forma de salvavidas que contenía un boceto del galeón

Nuestra Señora de Atocha. Desde hacía un año, cuando se implantó la prohibición de fumar en establecimientos cerrados, había adquirido la costumbre de llevarse un puro a la boca: solo la sensación de tenerlo entre los labios le calmaba las ansias de nicotina, y aquel absurdo hábito le ahorra salir fuera para fumar, casi siempre bajo una persistente lluvia. Pidió un segundo Manhattan. El barman se lo preparó a su gusto, en vaso bajo con hielo y sin cereza. No bebía para ahogar las penas, ni siquiera para olvidar los cadáveres; generalmente, como esa misma mañana en Oiartzun, no se arrodillaba en la escena del crimen a investigar de primera mano los cuerpos inertes, en muchos casos aún calientes. No era necesario, era un inspector de Homicidios y le dejaban los resultados de las muestras en el despacho. Tampoco se le aparecían las víctimas en sueños, como había oído que les sucedía a muchos inspectores retirados, víctimas que pedían justicia, que siguiesen buscando a su asesino, que no se olvidasen de ellos. Él bebía para no pensar, para que las largas noches de insomnio fueran más llevaderas, preocupado por no saber qué hacer en la vida, qué rumbo tomar; era un barco que navegaba a la deriva, sin rumbo, solo en la inmensidad del océano, a merced de las tormentas y de los vientos del sur. Abasteció el estómago con un ligero sorbo y observó a la pelirroja del otro extremo de la barra. En los minutos que siguieron continuó dando pequeños sorbos al cóctel, sin cesar de jugar con su mechero de tapa abisagrada y lanzar cortas miradas a la mujer. Ella se las devolvía sin reparo alguno.

Al cabo de dos cócteles más con el correspondiente diálogo visual, donde los ojos verdes de él se topaban con los ojos negros de ella, se decidió a actuar. Agarró un puñado de frutos secos de un cuenco cercano, se levantó del taburete y se encaminó a lo largo de la barra hacia la mujer. Sorteó a la escasa clientela del pub: un borrachín que apenas se sostenía en pie y un par de parejas que charlaban animosamente. La mujer masticaba chicle con naturalidad y el abundante carmín revelaba que se había excedido con el pintalabios. Max apenas prestó atención a su pose sobre el taburete, con la falda corta que dejaba ver unas

largas piernas cruzadas. Solo se le ocurrió saludar. Después se llevó un par de frutos secos a la boca.

—¿Qué hay, marinero? —dijo ella.

—Dando una vuelta.

—¿Y qué te trae por estos mares?

—Un poco de relax tras una dura jornada de trabajo.

—¿Dispones de barco?

—Sí, dispongo de una pequeña goleta con camarote.

—Me gustaría verlo.

Se tocaba el cabello, nerviosa. Max sabía que llevaba peluca, pero no le importaba, se había acostado con numerosas mujeres que eran otras a la mañana siguiente. Lo que le preocupaba es que aquella iba muy rápido, demasiado, y el mentón pronunciado y la forzada sonrisa no le acababan de convencer: había interrogado a tantos sospechosos que podía saber, solo por la expresión facial, cuándo alguien ocultaba algo.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Carmen.

Lo había pensado lo suficiente como para saber que mentía.

—¿Y eres de por aquí? Nunca te había visto, y no suelo olvidar a una mujer tan guapa.

Al decir «mujer», ella se removió inquieta en el taburete y escondió la mirada.

—De Bilbao, estoy de paso.

—Mierda —susurró Max.

Cómo no se había dado cuenta antes: la voz grave, la espalda ancha, la pose demasiado femenina... Aquella mujer había sido antes un hombre. No pudo remediar un desaliento que ella no pasó por alto.

—¿Te ocurre algo? —dijo esta, esbozando una lánguida sonrisa.

—Mucho mar a la espalda, y mucho grumete enfrente.

Se quedó patidifusa. La frase lapidaria, que fingía brindar una salida airosa pero que en realidad incitaba a la pelea, era el estribillo del protagonista de *El capitán Black*, un antiguo serial radiofónico de aventuras marítimas. Max solía escucharlo cuando

tenía doce años, cuando su madre aún le daba un beso de buenas noches antes de apagar la luz, refugiado bajo una manta pintarrajeada de leones, con un auricular en la oreja y un vaso de leche caliente en las manos. Al cabo de un año, después de la muerte de sus padres, dejó de escucharlo. Pero seguía evocando la frase que el capitán, de innato magnetismo para los conflictos, soltaba a los cinco minutos de pisar la fonda de un puerto desconocido. Entonces el ruido del acero no se hacía esperar. Aquí el marinero regresó a su sitio, arrojó los frutos secos sobrantes en el cuenco, recogió su gabardina y desapareció por la puerta al céfiro nocturno.

—¡Adiós, Max! —vociferó el barman con una sonrisa de oreja a oreja mientras desde un timón provisto de grifo escanciaba cerveza en una jarra.

En la facultad reinaba el silencio. Las puertas se cerraban a las nueve, y desde el sobresalto con el becario no tuvieron más sorpresas, pero permanecieron ocultos en el servicio hasta cerciorarse de que se encontraban solos en el edificio. Cuando las agujas del reloj rebasaban la medianoche salieron del escondite. Con las linternas en la mano y las mochilas a la espalda se prepararon para ejecutar el plan. Acordaron que Iker se ocuparía de desvalijar la cuarta planta, mientras que Mikel se encargaría de la tercera. Según había dicho la guía, y por lo poco que habían podido entrever, en esas dos plantas se ubicaban los laboratorios, es decir, las aulas que albergaban los utensilios más valiosos. Cada uno dispondría de una hora, para después encontrarse en el segundo piso, en la puerta del aula 7, y registrar juntos el resto del edificio.

—Recuerda lo planeado y, por favor, no hagas ninguna tontería —dijo Iker.

—Tranquilo, tío, confía en mí. Me muevo como los murciélagos en la oscuridad —alegó Mikel en su defensa.

—Claro, claro.